

LA ESTRATEGIA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA

ANTONIO CAVALLA ROJAS

Sin duda que dentro de un análisis de las relaciones de los Estados Unidos con América Latina y con el resto del mundo, la estrategia militar ocupa un puesto de primer orden. La política del Presidente Reagan y su secretario de Estado A. Haig tiene como uno de sus ejes fundamentales el devolver a los norteamericanos la confianza en su propia fuerza y capacidad militar. Con esa bandera conquistaron muchos votos. De allí, entonces, que enfatizar la estrategia de un Ejército fuerte, decidido, con recursos suficientes y capaz de obtener victorias... no sea un problema únicamente de defensa del territorio o de los intereses norteamericanos en cualquier parte del mundo. Es también un problema político, un problema de identidad y seguridad nacional de un país poderoso que se siente debilitándose y perdiendo capacidad de mantener la hegemonía mundial de su modo de vida.

El presente trabajo, publicado en la revista mexicana Convergencia en su número de mayo-julio de 1981, es obra de un militante de la izquierda cristiana chilena, actualmente investigador en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de México, nos ofrece una interesante panorámica de los problemas y reacomodos de la estrategia militar norteamericana y sus implicaciones para América Latina. (N. de la R.).

nocida militarmente como "la estrategia de contención mediante ayuda económica y militar". En palabras pronunciadas en 1951 por el entonces presidente, "deberá ser la política de Estados Unidos respaldar a los pueblos libres que estén resistiendo presiones (...) y nuestra ayuda deberá conducirse principalmente mediante la asistencia económica y financiera, que es esencial para la estabilidad económica y los procesos políticos ordenados" (1). Tanto la retórica presidencial como otros instrumentos de ordenamiento estratégico (como el Documento 20, de ese mismo año, del recién creado Consejo de Seguridad Nacional), no incluían explícitamente la intervención de fuerza militar estadounidense propia. Es esta la doctrina que se aplica en Grecia, Turquía y, más cercano nuestro, en la Guatemala de Jacobo Arbenz.

REPRESALIA MASIVA

Ya a fines de la década de los cuarenta, el triunfo de los revolucionarios en China y las noticias de la primera explosión atómica de la URSS iniciaron un debate que cuestionaba las concepciones de la administración Truman. El desarrollo de la guerra de Corea y su desenlace, vinieron a dar las bases de una profunda rectificación, cuya primera expresión pública la constituyó el discurso del secretario de Estado J.F. Dulles ante el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York, en enero de 1954. Surgía la doctrina "de la represalia masiva", en la que EE.UU. declaraba su voluntad de contestar con todo su poderío nuclear cualquier "amenaza al mundo libre", ya sea contra el agresor menor en la periferia o contra la URSS directamente, si su involucramiento se comprobaba. Como era obvio, la doctrina Dulles de represalia masiva llevó a una disminución de los gastos, el tamaño y la calidad de las fuerzas armadas convencionales y un incremento significativo de las fuerzas —desde entonces llamadas estratégicas— de carácter nuclear y termonuclear.

En 1957, cuando a mediados de año la URSS lanzó su primer misil balístico intercontinental y luego colocó en órbita el primer Sputnik, se derrumbaron dos pilares básicos de la represalia masiva: la invulnerabilidad territorial de EE.UU. frente a la URSS y la viabilidad a largo aliento de la superioridad estratégica estadounidense sobre cualquier enemigo, actual o potencial. Si a ello se agregan las reflexiones surgidas sobre la imposibilidad de EE.UU. y sus aliados de impedir los triunfos

Parece haber consenso, entre analistas de diversos signos ideológicos, sobre que la historia de las estrategias es, en lo sustancial, historia de las guerras o de los términos de resolución de las crisis en las que la amenaza de utilización de la fuerza militar jugó un papel fundamental.

Dicho de otra manera, los grandes cambios estratégicos son consecuencia de la comprobación en la práctica de la inutilidad del conjunto o de parte de las bases de una concepción estratégica. Esto vale tanto para la estrategia global, entendida como la definición de los objetivos de una nación por los que es indispensable luchar y la determinación de las fuerzas necesarias para conseguirlos (Kissinger), como para la estrategia militar propiamente tal, entendida como la ciencia y el arte de la utilización de las fuerzas armadas y la violencia para la consecución de los objetivos políticos (Herman Kanh).

Así ha ocurrido en la ciencia militar marxista y así también se ha dado en el transcurso estratégico del pensamiento militar burgués. El gran revolucionador de la estrategia, Karl Von Clausewitz extrae su teorización novedosa sobre la guerra de su práctica y análisis histórico de los conflictos bélicos subsiguientes a las revoluciones burguesas, que permitieron las nuevas concepciones estratégicas victoriosas de Napoleón, así como de sus derrotas, especialmente las derivadas de su incapacidad de comprender los factores morales involucrados en las guerras patrióticas defensivas.

Esto acontece también con la estrategia estadounidense contemporánea.

ESTRATEGIA DE CONTENCIÓN

Un profundo corte se produce en la producción intelectual sobre asuntos bélicos en EE.UU. luego de la adquisición del arma nuclear y su posterior uso sobre el pueblo japonés.

Después de un período en que el establishment militar estima posible que el monopolio del arma nuclear, y la breve confraternización entre la URSS y EEUU nacida del enfrentamiento común del fascismo durante la segunda Guerra Mundial (II GM), le den una primacía absoluta al campo capitalista, se formula la doctrina Truman, en la que se define al "comunismo" (la URSS y cualquier movimiento de liberación o de autodeterminación nacional) como el enemigo principal.

La matriz estratégica que se formula, ya en 1947 es co-

de las revoluciones vietnamita, argelina y cubana y la incapacidad objetiva de utilizar el arma nuclear en otros conflictos periféricos, se configura un cuadro de crisis total de los conceptos estratégicos: éstos no lograban definir adecuadamente los medios de fuerza y su grado de utilización para obtener el objetivo político consensual (detener el avance comunista, que se hacía sinónimo de los movimientos de liberación).

REACCION FLEXIBLE

La disidencia del establishment elaboraba, desde la oposición a la administración Eisenhower, una alternativa estratégica, que fue plasmada con particular claridad por el general Maxwell Taylor (2). El ascenso al poder del presidente Kennedy llevó a los militares y civiles disidentes a los principales puestos de poder, con lo que la llamada "estrategia de reacción flexible" pasó a ser la doctrina oficial del Estado norteamericano. En su esencia, tal estrategia reconocía que es "tan necesario impedir o ganar rápidamente una guerra limitada como lo es evitar una guerra generalizada..." (Taylor). Para ello, se argumentaba, es necesario construir numerosos escalones, que van desde pequeñas acciones encubiertas para destruir focos subversivos potenciales, pasando por intervenciones militares con fuerzas estadounidenses, hasta llegar a la guerra nuclear declarada, concebida como un sólo golpe nuclear definitivo.

La estrategia de reacción flexible, que como demostraremos más adelante es la que sigue vigente, considera un primer escalón, en el que no se comprometen directamente en combate fuerzas militares de los Estados Unidos o de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Dicho escalón (aplicado profusamente en Chile en todas sus variantes), incluye:

Acciones encubiertas de los servicios de inteligencia estadounidense, ya sea directamente o a través de sus homónimos nativos;

acciones de propaganda abierta a través de medios propios (agencias internacionales de noticias, por ejemplo) o de financiamiento de medios ajenos de origen local;

programas de apoyo o guerra económica, destinados a afianzar o desbaratar el funcionamiento económico y social del país "objetivo";

transformación de las fuerzas armadas nativas en un bastión capaz de derrotar a los "insurgentes", proveyéndolas de adoctrinamiento, adiestramiento en nuevas técnicas de contrainsurgencia, nuevos armamentos especialmente adaptados o creados para la guerra de guerrillas, transformación de las policías en cuerpos paramilitares, utilización de mercenarios, etcétera;

construcción o robustecimiento de alianzas regionales, en que las fuerzas militares de los aliados reemplacen o acompañen a las fuerzas estadounidenses, si el escalón nativo es derrotado (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, TIAR, y Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA), para el caso de América Latina y el Caribe) (3).

El segundo escalón, que se considera utilizable si fallan los anteriores, son las fuerzas propias estadounidenses, para lo cual dicho país estableció en diversos territorios regionales, bases para proveerse de fuerzas, preferentemente navales, transformables en ejércitos de ocupación. El arma al que se le asigna prioritariamente la tarea de desembarco y control del territorio es el Cuerpo de Marines, cuyo desempeño exitoso en República Dominicana es suficientemente conocido ("doctrina Johnson").

Un tercer escalón es el de los dispositivos nucleares. Contempla una serie de armas y contra-armas orientadas a disuadir al enemigo de asestar un golpe sorpresivo sobre el territorio de EE.UU. y sus aliados de la OTAN. No nos explayaremos al respecto, porque en nuestra opinión es el segundo escalón el que ha tenido más modificaciones estratégicas reales (en el sentido de utilización concreta de la fuerza

y no de la "estrategia ficción" del over-kill nuclear), y el que representa ahora el peligro mayor para los futuros triunfos de procesos de liberación nacional en América Latina y otras regiones del llamado Tercer Mundo. La ausencia de un tratamiento adecuado de sus modificaciones tanto en los centros académicos especializados en el estudio de EE.UU. como en las organizaciones políticas del subcontinente, justifica una atención más detallada sobre su evolución hasta nuestros días.

VIETNAM: EL ERROR DEL GRADUALISMO

A partir de la derrota de Vietnam, luego de un período de evidente paralogización del debate estratégico, se produjo una profunda y encontrada reflexión militar de las razones político-militares de la derrota. De ella permanecieron bastante alejados los políticos civiles, todos ellos preocupados más de superar el "síndrome de Vietnam", mediante el silencio que de extraer lecciones para la defensa del cuestionado poderío estadounidense.

Los errores asumidos para la estrategia futura —que es lo que nos preocupa actualmente— abarcaron todos los campos doctrinarios: los objetivos políticos y su relación con los objetivos militares; la utilización de los medios, tanto en la perspectiva estratégica como en la táctica y el arte operativo; la relación con los aliados, etcétera (4).

El primer error que parecen diagnosticar con fuerza los militares estadounidenses es la ausencia de objetivos políticos claros (5) y, cuando los hubo, la incapacidad de definir objetivos militares para conseguirlos cabalmente. El general William Westmoreland, una de las figuras protagónicas de las operaciones bélicas en Vietnam, señalaba al respecto: "El presidente (Johnson) anunció que no extenderíamos la guerra, por lo cual se estableció una estrategia defensiva en tierra que dió al enemigo más libertad de acción... formuló una estrategia (6) que puede describirse brevemente de la siguiente forma: contener al enemigo, derrotarlo en el Sur, ayudar a reconstruir la nación, y bombardear objetivos bélicos en el Norte en una escala gradualmente creciente, hasta que el enemigo percibiera el mensaje de que no podía ganar y, en consecuencia, negociara o aceptara tácitamente un Vietnam dividido". Y agrega enfáticamente: "Sin embargo, el bombardeo se llevó a cabo de forma esporádica, según los altibajos de las presiones políticas en los Estados Unidos" (7).

Una reflexión similar formula respecto a la conducta seguida por el mando político después de la ofensiva del Tet (1968), desencadenada por los patriotas vietnamitas con el apoyo de Vietnam del Norte, a la que califica de grave "derrota militar del Vietnam del Norte". Dice Westmoreland: "Existe un viejo axioma militar que dice que cuando el enemigo sufre, no le des cuartel, presiónalo más". A pesar del asesoramiento militar en contrario, nuestros líderes políticos disminuyeron la presión contra el régimen del Hanoi y lo atrajeron a la mesa de conferencias" (8).

La crítica a la imprecisión de los objetivos militares se centra principalmente en la aplicación "gradual" de la escalada militar estadounidense. Se culpa al gradualismo en la aplicación de la fuerza de ser el responsable de la no consecución de los objetivos militares, error agravado por las imprecisiones e interferencias políticas. Un analista militar describe así el proceso de definición de la escalada: "la primera fase comprendería vuelos de reconocimiento armados sobre Laos; en la fase II, se emprenderían bombardeos prolongados estadounidenses contra el norte. El presidente Johnson puso en ejecución la fase I en diciembre de 1964. En febrero de 1965, después de una serie de ataques del Vietcong contra instalaciones estadounidenses, él ordenó que la segunda fase fuera puesta en ejecución. Los objetivos de la escalada nunca fueron precisamente delineados. ...En resumidas cuentas, el gradualismo era una opción cuando no parecía disponer de otras. ...el gradualismo representó un esfuerzo desgraciado

por combinar el arte militar y la diplomacia" (9).

ERROR TRAS ERROR

El segundo error importante que descubren es que la oposición interna en Estados Unidos fue fatal para la conducción político-militar de la guerra. Esta ausencia de "unidad nacional" agravó el problema de la incorrecta relación de fines y medios. "El mensaje que el enemigo recibió —escribe Westmoreland en una de sus reflexiones— no fue uno de resolución y fuerza, sino de inseguridad y debilidad política, no sólo por virtud de los actos oficiales, sino también por las expresiones de los elementos vocingleros y emotivos de nuestra sociedad que optaron por resistir activamente la política nacional". Y agrega: "Mientras nuestros soldados combatían y morían por el principio de la libertad y el derecho a disentir, ¿qué cosas veían suceder en su patria? La quema de la bandera, virulentos ataques contra los funcionarios públicos, destrucción de los cuarteles de reclutamiento, encomios a favor del Vietcong, mentiras y engaños de parte de los jóvenes para librarse del servicio militar... Es asombroso que un número de nuestros ciudadanos, incluso representantes de los medios de divulgación, se dejaran engañar por la propaganda de Hanoi" (10).

Otro analista se queja también del papel de la masmedia en la creación de la oposición interna a los que acusa de crear "un consorcio entre los líderes de la oposición y la prensa libre occidental" (11).

El tercer error que desprenden casi unánimemente los analistas del Pentágono es la inaplicabilidad del concepto de "fuerza total", plasmado por Nixon y su secretario de Defensa Melvin Laird, en la fase de "vietnamización" de la guerra. Dicho concepto establecía que EEUU ya no debía hacerse cargo totalmente de los esfuerzos militares para "defender al mundo libre", y que se requería el concurso cada vez más creciente de los aliados, ya sea en su propia defensa o en la de su región más inmediata. "Muchos de nuestros aliados —declaraba Laird ante el Congreso de 1971— ya han alcanzado prosperidad, otros la están alcanzando rápidamente. Por lo tanto es más real y más eficaz que la responsabilidad de proteger la paz y la libertad sea compartida más ampliamente por nuestros aliados y amigos". (12).

La cuarta lección —de carácter estratégico táctica— es que Vietnam enseña que la proporción de hombres y equipos comprometidos en el teatro de la guerra deberá ser mucho mayor que la imaginada anteriormente. Resultaba evidente que las armas sencillas eran capaces de inutilizar a unidades complejas de alto costo. Una mina "vietnamita" de fabricación primitiva era capaz de paralizar un tanque; un fusilero diestro lograba derribar un caza-bombardero con un fusil de repetición; un explosivista bien entrenado podía lograr tal destrucción de un sistema vital, que detenía por horas y aún días el avance de una compañía autotransportada, etcetera. Esta conclusión, ya insinuada en el debate posterior a Vietnam, se ve elevada a la categoría de verdad estratégica en los análisis de la guerra de octubre de 1973 y la aparición de un nuevo tipo de armas en el campo de municiones; las PGM (precisión Guide Munitions: Municiones Teleguiadas de Precisión) (13).

El quinto tipo de reflexiones, se orienta a llamar la atención sobre el problema de la movilización de las reservas y los costos cada vez más crecientes de las unidades complejas. En cuanto a lo primero, quedó demostrado que la presunción de que las reservas eran movilizables en un alto porcentaje y con una cadencia en el tiempo bastante rápida, no pasaba de ser una ilusión. "Es irreal esperar que una unidad de maniobra del componente de la reserva se despliegue en menos de 30 días. Sería una locura predicar planes de guerra con esta premisa. ... ¿Cómo podemos esperar que los componentes de la reserva logren este objetivo en 39 días de entrenamiento al año mientras el ejército activo no puede satisfa-

cer el requisito de entrenamiento en todo el año?..." (14). En cuanto al costo, se señala que la tendencia de la investigación y el desarrollo de nuevas armas ha conducido a un estable encarecimiento de cada unidad nueva, sin que la serie anterior haya terminado tan siquiera de demostrar su utilidad (15).

EL ERROR DE EXCESO

La sexta gran lección incluye un conjunto de aspectos de táctica y arte operativo militar que, a juicio de los analistas del Pentágono, habrían sido descuidados o simplemente no considerados. El mayor Powe (16), señala los siguientes errores principales:

— excesivo énfasis en las metas de corto plazo. Se pregunta "¿Hicimos nuestro máximo esfuerzo en Vietnam o permitimos que las metas a corto plazo oscurecieran la misión fundamental?". Su respuesta, en diversos planos de organización y operación, es rotundamente negativa;

— complejidad creciente e inmanejable. "¿Nos hemos vuelto nosotros, como ejército, demasiado complejos? A veces el ejército parece tener toda clase de personas pero ninguno combatiente, y suficientes computadoras para asignarle una a cada soldado...". El analista coloca como ejemplo el profuso uso de sensores terrestres para detectar los movimientos enemigos y otros ingenios "husmeadores de gente e infrarrojos", que fueron ineficaces para proteger los campamentos, localizar adecuadamente los planos del tiro artillero y bombardero, y que contribuyeron a disminuir la actividad y creatividad del combatiente y los mandos. Otro estrategia se refiere a las dificultades de transporte del material complejo. "Fácilmente podemos imaginarnos —escribe en 1976— los grandes montones de cajas y contenedores sin identificación ni control en los terminales del continente para procesar y enviar a unidades que esperan malamente por una pieza específica o un tipo particular de munición" (17).

— comodidad, complacencia, excesivo lujo de superioridad de armas de apoyo al combate de infantería. Se señala, descarnadamente, en que EEUU llevó "a la zona de combate cantinas, televisores, miles de acondicionadores de aire, neveras, automóviles y rociadores para el cabello...". Y se agrega: "muy bien se puede argüir que el uso de helicóptero (por ejemplo), se convirtió en una trampa sutil, particularmente cuando nuestra habilidad para retener una porción de terreno dependía totalmente de nuestra habilidad para ir y venir por aire".

REACOMODO ESTRATEGICO

Las conclusiones del debate —como se advirtió a su tiempo— (18) fueron resumidas por el hoy general Fletcher K. Ware, del Ejército de los Estados Unidos, y por el actualmente coronel Wesley Clark, de la misma rama.

Se trata, en primer lugar, de reivindicar una estrategia que siga utilizando el escalón de la intervención directa militar, aunque haya oposición interna. "Bajo cualquier criterio de análisis, —dice Ware— yo creo que, con toda seguridad, podemos presumir una renuencia nacional al involucramiento militar. Sin embargo, el que comprendamos eso no elimina la necesidad de desarrollar estrategias que requieren la aplicación del poderío militar de EEUU para promover los intereses nacionales... dentro del contexto del temperamento y la voluntad nacional" (19) A juicio del autor, se trataría de un concepto estratégico de intervención que consistiría en:

una rápida decisión para emplear la fuerza seguida de un rápido despliegue de suficientes fuerzas para llevar a cabo objetivos específicos probablemente dentro de limitaciones geográficas y de tiempo.

Wesley Clark, por su parte, en su artículo en contra del "gradualismo", reivindica la relación de lo político y lo militar, y establece:

“primero: deben aplicarse presiones coercitivas tan directamente como sea posible para asegurar los objetivos del compromiso;

segundo: deben establecerse cuidadosamente límites para evitar la impresión de flaqueza; y

tercero: la coerción debe tener una conclusión que pueda realizarse lógicamente” (20).

Como se puede ver, del debate de la derrota en Vietnam surge la vigencia de la reacción flexible. Lo que cambia es el concepto de la fuerza, la forma de aplicación en contra del enemigo y la creación de nuevos escalones en el tramo militar estadounidense. En palabras de Clark, “la reacción flexible no está muerta, porque el desarrollo de opciones militares continuará. La potencia militar promete ser más flexible, más rápidamente desplegada y más fácil para controlar. Los formuladores de políticas nacionales hallarán que están confrontados con más opciones militares que considerar cuando los intereses nacionales estén amenazados” (21).

LA ADMINISTRACIÓN CARTER

Esta era la opinión del establishment militar a la llegada de la administración Carter. El nuevo presidente, a diferencia de Kennedy, no era portador de una nueva concepción estratégica estadounidense en el plano militar. Su consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, y su secretario de Defensa, Harold Brown, no formularon un cuerpo contestatario a estas conclusiones militares. Por el contrario, este último insistió explícitamente en que durante su mandato no habrían “niños sabios”, como había ocurrido en la era Kennedy-Mc Namara, por sobre el jefe civil y los jefes militares del Pentágono (22).

Sin embargo, la concepción global de Brzezinski incluía, con mayor fuerza aún, la idea nixoniana de “fuerza total”, al radicar parte importante de la estrategia de “defensa” estadounidense de las áreas candentes, en la existencia de “potencias emergentes”, como Irán, con poderosos ejércitos; estimaba además indispensable profundizar la distensión con el campo socialista, compartiendo el liderazgo del mundo occidental con los socios trilaterales de Europa, Asia y América del Norte (23).

Hoy se sabe que tales concepciones no eran compartidas por las Fuerzas Armadas. Lo declara explícitamente el general David C. Jones, presidente de la Joint Chiefs of Staff recién nombrado por Reagan, en su primera comparecencia ante el Congreso. “...Sin embargo, el consejo militar es una de las muchas voces que influyen la distribución de los recursos nacionales limitados. Otras voces han sido más persuasivas en declarar aceptable el riesgo (de no basarse en la fuerza propia), y en elevar las prioridades de los gastos no defensivos”. Debe recordarse que el general Jones fue miembro de la Joint Chiefs durante toda la administración Carter, como jefe de la Fuerza Aérea.

La insistencia de los militares parece haber convencido a Carter muy al inicio de su mandato, lo que explica que ya, en 1978 había decretado la directiva presidencial número 18, en la que se ordenaba al Pentágono formar una fuerza especial para contingencias en el Tercer Mundo, sin participación de la OTAN; esto es, fuerza propia.

A fines de 1979 —crisis iraní y triunfo sandinista mediante— el Pentágono anuncia que se ha constituido la Fuerza de Despliegue Rápido (FDR), que será comandada por una “Fuerza de Trabajo Conjunto” (un estado mayor que combina las cuatro “armas” de las Fuerzas Armadas de EE.UU.: ejército, aviación, marina y cuerpo de marines), bajo el comando del general Paul Kelly. El secretario Brown informa que la Rapid Deployment Joint Task Force (RDJTF), estará situada en la Base MacDill de la Fuerza Aérea, en Florida, y que hasta ese momento estaba compuesta por dos divisiones aerotransportadas, dos batallones de fuerzas especiales del ejército de tierra y tres divisiones de marines, con sus respec-

tivos transportes, a los que acompaña una flota de aviones de transporte del Military Airlift Command (70 C-5 y 234 C-141). Desde la fecha de su formación, la nueva fuerza dispondrá de 5 mil millones de dólares durante el plazo de 5 años, para subir de 80 mil hombres hasta 200 mil, con sus correspondientes transportes (24).

En los meses finales de la Administración Carter resultó ya evidente que lo que había ocurrido era la aceptación del concepto estratégico de ampliación del escalón de intervención con fuerzas convencionales, en todos los teatros periféricos (no europeos) donde los “intereses vitales” estuvieran amenazados. La Administración Carter se lanza a la búsqueda de bases en Omán, Kenya, Somalia y Egipto, en lo que pareció el primer intento de tener, además de la Fuerza de Despliegue Rápido central, otra especializada en el teatro de guerra del Golfo Pérsico. Características similares —fuerza de despliegue rápido para saturar teatros de guerra sin depender de los aliados nativos— tiene la Joint Task Force on Caribbean and Central America. Es el propio James Carter el que declara (el 10. de octubre de 1979, luego del alboroto por la “presencia de la brigada soviética en Cuba”) que se había constituido un Estado Mayor (Headquarter) dedicado exclusivamente a América Central y el Caribe al que “asignaré fuerzas de todos los servicios militares, para la expansión y conducción de operaciones (...). Este headquarter empleará fuerzas diseñadas para la acción, si se requiere...” (25).

REAGAN: NEOCONSERVADORES. Y MILITARES

Del debate sostenido en México por un grupo cada vez más numeroso, de investigadores dedicados al análisis de EE.UU., han surgido hipótesis en torno al significado del nuevo equipo que ha llegado a la cúspide del poder en Estados Unidos.

La primera hipótesis, que compartimos, es que el grupo neoconservador que rodea al nuevo presidente (formado por numerosos militares y ex funcionarios de los servicios de inteligencia, asunto que suelen olvidar los colegas latinoamericanos), intenta representar lo que la filosofía política y la estrategia del New Deal y el pensamiento económico keynesiano representó para el “neoliberalismo” iniciado por Franklin D. Roosevelt. (26).

La segunda hipótesis, que surge de la revisión de los textos de los neoconservadores y de los discursos y documentos del candidato Reagan, es que los neoconservadores, diagnosticando una grave crisis global de la sociedad norteamericana, colocan su centro generador en elementos morales y culturales (autoridad, incentivos individuales, etcétera) y se proponen, desde el poder inmenso del Gobierno, atacar a la “contracultura enemiga” en toda la extensión de la sociedad estadounidense y en todos los lugares del planeta.

La tercera hipótesis, que tiene ya suficientes bases de comprobación, es que si Reagan ha debido negociar ciertos aspectos marginales de sus propuestas, ha sido el planteamiento de los “duros” el que se ha impuesto en los nombramientos principales y en los programas de gobierno que ya ha aprobado el Congreso.

Con estas apreciaciones, es posible dimensionar mejor el papel central que cumple la estrategia militar dentro de la estrategia global del equipo de Reagan. Cabe reiterar que con el nuevo presidente suben al poder los disidentes de la estrategia carteriana y adquieren preeminencia fundamental personajes estrechamente ligados al establishment militar (Alexander Haig, Daniel O. Graham, Thomas Moorer) o de inteligencia (Richard Allen, George Bush, Frank Carlucci).

LINEAS ESTRATEGICAS

Cuatro son, a nuestro juicio, las líneas centrales de estrategia:

1. Se implanta lo que Klare llama con humor “el nuevo ecumenismo”: Estados Unidos entiende que todo el mundo

es escenario de su guerra, y por ello el desafío más importante que se le plantea ahora es el restablecimiento del poderío militar. Se trata de pasar no sólo a la supuesta paridad perdida, sino de la paridad a la superioridad, en todos los rubros bélicos y en todas las áreas del mundo, para lo cual es necesario brindar prioridad central al gasto militar. "Debemos confrontar la realidad —dice el general Jones, presidente de la Joint Chiefs, y lo repite después Caspar Weinberger, Secretario de Defensa— de que la actual caída de la capacidad militar y estratégica de EE.UU. son consecuencia de un largo período de declinación de nuestro gasto de defensa" (27).

2. La política de defensa que se entiende como inextricablemente ligada a la política exterior y que se entrega a un militar (Haig) y a un exagente de la CIA (Allen), (28) se plantea por áreas y regiones; pero en cada área se obliga a leer la situación con el prisma del balance de poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Dicho de otra manera, no se conciben situaciones nacionales porque cualquier parte del globo; dice relación con el enfrentamiento con la URSS, reidificada como enemigo poderoso. "La pérdida de superioridad estratégica, la extensiva modernización de las fuerzas soviéticas de tierra, mar y aire, el sostenido mejoramiento en la capacidad de proyección de la fuerza soviética, el uso soviético de fuerzas aliadas para sostener facciones revolucionarias en todo el mundo... han transformado el carácter del mundo y nuestros requerimientos estratégicos... (29). Esto es válido para Nicaragua, a la que se contabiliza en los mapas estratégicos como territorio bajo "la influencia soviética", junto a Cuba y Granada. (30).

3. Es necesario recuperar el liderazgo de los Estados Unidos en el mundo cristiano y occidental. Hay que consultar con los aliados aquellas decisiones que los involucran directamente, pero el único poder con capacidades globales es y debe seguir siendo EE.UU. que vuelve así a ser el factotum de la defensa de la civilización occidental. Es el concepto de "fuerza propia", válido también para América Latina, especialmente en períodos de crisis. (31).

4. Debe restablecerse el paradigma neoclausewitziano de la legitimidad de los medios frente a la legitimidad de los fines (y qué más legítimo, para ellos, que la "lucha contra el comunismo..."). De ahí que se rescate como matriz estratégica la reacción flexible para la tarea de contención del comunismo, ampliando y diversificando más y más cada uno de los escalones. En este sentido se plantea:

dejar "libres las manos" —amarradas por los excesos de los liberales— de los servicios y de la "comunidad de inteligencia" (32).

dotar a los aliados de más armas y adiestramiento que los capacite para defenderse del enemigo en sus propios territorios;

entender la "ayuda económica" y los organismos internacionales y nacionales de crédito como armas para la guerra económica;

establecer más capacidad de intervención con fuerzas propias, desarrollando la Rapid Deployment Force en territorio estadounidense y preparando otras RDF para los teatros regionales más álgidos,

generar un nuevo escalón —la guerra nuclear limitada— ya no como un juego de guerra sino como una realidad operativa (33).

PROYECCIONES SOBRE AMÉRICA LATINA

Las líneas estratégicas arriba sintetizadas tienen su correlato para América Latina; pero se ven agravadas por el carácter del equipo civil y militar de "latinoamericanistas" del presidente Reagan (34). Provenientes en su mayor parte de la llamada "escuela geopolítica" del Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad de Georgetown, empezaron sus contactos con los gobiernos más autoritarios y con las derechas más reaccionarias de América Latina desde el mismo momento en que inician su asociación con Ronald Reagan. Su vo-

luntad de imponerse a los sectores más liberales de la burocracia permanente le ha quedado de manifiesto tanto por la alianza que han hecho con los "halcones" como por las sucesivas defenestraciones de los funcionarios de carrera que se oponen a sus proyectos (William Bowdler y Robert White, por ejemplo).

El nuevo equipo acepta con agrado, más aún porque tuvieron un importante papel en su formulación, la idea de que la política latinoamericana debe estar subordinada a la confrontación global, geopolítica, con la Unión Soviética. Estiman que hay que abandonar el estilo "nefasto" de la administración Carter proclive a los anuncios y a la retórica: ellos piensan actuar, pues "la sorpresa es eficaz". Están firmemente convencidos que América Latina y el Caribe es la zona geográfica en que se pueden lograr mayores resultados, más rápidamente y con menores costos, para demostrar tanto, a la Unión Soviética como a los países subdesarrollados, la nueva fortaleza y decisión estadounidenses. Visualizan la política exterior del área estrechamente vinculada a los intereses de las grandes empresas y abastecimiento de materias primas, y basada fundamentalmente en una adecuada estrategia militar, y el establecimiento de relaciones de preferencia bilaterales.

TIPOS DE PAISES

Los formuladores de política latinoamericana de Reagan creen ver tres tipos de países en relación con los intereses estratégicos estadounidenses:

a) Los países medianos, formados por aquellos que ya son potencias medias, porque juegan un papel importante por su poder militar (Argentina y Brasil); por su poderío económico (México, Brasil, Venezuela); por la posesión de materias primas estratégicas en el balance EEUU-URSS (Argentina, por sus granos; México, por el petróleo y minerales estratégicos; Venezuela, por el petróleo). Brasil y México ocupan la primera línea, Argentina y Venezuela la segunda. Frente a ellos hay que concentrar el "poder nacional" y desplegarlo a través de negociaciones bilaterales preferenciales, de modo tal de lograr un mayor alineamiento junto a Estados Unidos en la confrontación global.

b) Los "aliados leales" que no alcanzan el carácter de potencias medias. Aquí se incluye al resto de los países, con excepción de los casos críticos. Se establece una graduación desde los "muy leales" (Chile y Jamaica), hasta los indóciles (Panamá y Ecuador, hasta el sospechoso accidente que mató a Jaime Roldós): y se señala que la cantidad y calidad de la ayuda económica, militar y diplomática estará medida por el grado de lealtad en la escala.

c) Los "casos críticos", donde hay gobiernos amigos que se encuentran asediados por la "insurgencia comunista" apoyados por la URSS y Cuba" (El Salvador y Guatemala), o aquellos que se consideran francamente aliados a la URSS (según ellos, Granada, Cuba y Nicaragua).

A los ojos de la nueva administración, Centroamérica y el Caribe pasan a constituirse en la prueba fundamental, pues tres países del área son clasificados en la última categoría y a lo menos uno (Panamá) es considerado un aliado que es preciso "disciplinar". Más aún: el grado de debilidad del gobierno salvadoreño la incapacidad militar de las FFAA de ese país —a pesar de la ayuda masiva en todos los "escalones inferiores" de la reacción flexible— para derrotar a las fuerzas de oposición, hacen que El Salvador y la región en su conjunto se transformen en el caso más importante y urgente que resolver de todos los problemas que confrontan a nivel planetario.

Para enfrentar tal amenaza, la administración Reagan ha aplicado todos los mecanismos que anotamos arriba en la remozada estrategia de reacción flexible. Frente a Cuba y Granada, genera condiciones para justificar una intensificación del bloqueo que incrementa los problemas existentes en

ambos países y que permita sentar las bases para eventuales acciones futuras frente a regímenes debilitados. Frente a Nicaragua se despliegan toda clase de acciones bélicas y no bélicas (aunque, por el momento, bajo covert action y sin presencia directa de fuerzas de EE.UU.), orientadas a su desestabilización. Frente a Guatemala y Honduras, se robustece el escalón militar nativo y se apresura la coordinación regional de las Fuerzas Armadas leales a Estados Unidos. Frente a Panamá, se incrementan las presiones para alinearla junto a la política estadounidense. Frente a El Salvador, se sube al tramo de la ayuda masiva a la Fuerza Armada local; se comprometen asesores en el combate (primer tramo del escalón propio); se coordina el escalón regional; y se intensifican los preparativos de las fuerzas propias, ya construídas en parte por la Administración Carter bajo el concepto de fuerzas de despliegue rápido. La necesidad de establecer la "intervención de la URSS y Cuba" para justificar una intervención con fuerza propia, ha sido ya configurada para consumo de los mass-media y los políticos de Washington, a través de la fabricación del White paper I y el white paper II (actualmente en preparación). La debilidad de la "prueba", increíblemente burda, no hace más que apuntar a la firmeza que tiene la decisión de impedir la instalación de otro gobierno "hostil" en el área, por todos los medios posibles.

CONCLUSION

La ascensión de Ronald Reagan a la Presidencia de la Unión Americana representa un profundo viraje en la concepción de las relaciones internacionales, que repercutirá hondamente en las políticas estadounidenses hacia América Latina.

En síntesis, como lo expresara sin ambages el asesor para asuntos latinoamericanos del National Security Council, Roger Fontaine, significa que se aplicará en América Latina nuevamente la "doctrina Truman" más la "doctrina Johnson". Las concepciones de la nueva administración son coincidentes y potenciadoras de las definiciones estratégicas que ya había tomado el establishment militar estadounidense. El peligro de una intervención militar estadounidense casi no encuentra ahora respuesta en los sectores civiles de la rama ejecutiva.

Sólo la fuerza de las organizaciones populares y progresistas estadounidenses y la acción de gobiernos y pueblos de otros continentes, podrán impedir que esa decisión se tome para el caso de El Salvador y Centroamérica. Las izquierdas latinoamericanas, si quieren vencer en sus luchas de liberación, deberán tener en cuenta estos reacomodos estratégicos, desde ahora, en sus planes político-militares. No hacerlo, conduciría a nuevas derrotas, como le ocurrió a la Unidad Popular en Chile o a las fuerzas progresistas encabezadas por Michael Manley, en Jamaica.

NOTAS

1. Discurso a la Nación, por cadena de radios, 11 de abril de 1951.
2. Para un desarrollo en profundidad de la "reacción flexible", ver el libro de Michael Klare: *Guerra sin fin*; Noguera, México, 1975. Las fuentes principales de la nueva doctrina se encuentran en: Maxwell D. Taylor: *The uncertain trumpet*; Harper and Row, Nueva York, 1960; y Robert E. Osgood: *The reappraisal of limited war*; Adalphi Papers núm. 54, Londres, 1969.
3. Para la comprensión de la covert action, resultan particularmente recomendables los trabajos de Philip Agee (El diario de la CIA) y de Marks y Marchetti (La CIA y el culto de la inteligencia). Ver también la abundante y valiosa producción de libros y artículos de Gregorio Selser. Para un entendimiento básico del llamado "Sistema Interamericano de Defensa", ver los trabajos incluidos en los capítulos III y IV de nuestra antología *Geopolítica y seguridad nacional en América* (UNAM, Colección Lecturas Universitarias núm. 31, México, 1979; pp. 195 a 475). Una sistematización básica de los otros escalones se pueden encontrar en nuestra ponencia "Intervención económica y militar de Estados Unidos en El Salvador"

presentada al Seminario sobre la coyuntura actual en El Salvador (División de Estudios de Post-grado de la Facultad de Economía de la UNAM, México, 1980).

4. Para la elaboración de este apartado hemos revisado las publicaciones militares estadounidenses accesibles al investigador civil en México (Military Review, International Security, The Defense Monitor, etcétera) y los documentos que especificamos en notas posteriores. Nos fue también de gran utilidad el trabajo y la biografía sugerida por Michael Klare, en *Doctrina de la Contrainsurgencia* (publicado por Proyecto Lázaro Cárdenas, México, 1981).
5. De lo que culpan por igual a los dirigentes republicanos y demócratas hasta la llegada de Reagan.
6. Se refiere a la estrategia militar formulada para implementar el objetivo político de no ampliar el esfuerzo bélico.
7. General William C. Westmoreland: "Vietnam en perspectiva"; en *Military Review*, enero de 1976, p. 37 (cursivas del autor).
8. *Ibid.*, p. 39.
9. Mayor Wesley K. Clark: "El gradualismo y la estrategia militar norteamericana"; en *Military Review*, septiembre de 1975, pp. 3 y 7.
10. Westmoreland, op. cit., pp. 40 y 41.
11. Brigadier general Edward B. Atkeson: "Un nuevo concepto de defensa: su relación con la seguridad de EE.UU."; en *Military Review*, mayo de 1976.
12. Statement of secretary of Defense Melvin R. Laird before the House Armed Services Committee; US Government Printing Office, Washington, 1971, p. 19.
13. Ver Ferdinand Otto Miksche: "Las PGM s: cambios en el ambiente de combate"; *Military Review* agosto de 1978, pp. 40-49; y coronel Fletcher Ware: "La división de paracaidistas y un concepto estratégico"; *Military Review*, marzo de 1976, pp. 25-36.
14. Teniente coronel Benjamín L. Abramowitz: "¿Estará la reserva lista para combatir?"; *Military Review*, marzo de 1976. Opinión similar había expresado en 1975 —ya en forma oficial— el secretario de la Defensa Arthur Schlesinger, en *Annual Defense Department Report*, US Government Printing Office, Washington, 1975, pp. III-14.
15. En Miksche, op. cit. Como es obvio, las referencias a este punto son menos frecuentes en las revistas militares que en la prensa "liberal.. estadounidense y europea.
16. Mayor Marc B. Powe: "El ejército de EE.UU. después de la caída de Vietnam: una disyuntiva contemporánea"; *Military Review*, febrero de 1976.
17. General James H. Polk: "Una nueva estrategia de guerra corta"; *Military Review*, marzo de 1976.
18. Bosco Parra: "Nuevas dimensiones estratégicas en el Ejército norteamericano. Posibles repercusiones"; *Boletín Exterior de la Izquierda Cristiana de Chile*, enero de 1977.
19. Ware, op. cit. p. 26.
20. Clark, op. cit. p. 9.
21. *Ibid.*, p. 12.
22. Véase, por ejemplo, el reportaje especial sobre el Pentágono y la entrevista al secretario Brown, bajo el título "Shaking up the Pentagon", publicado en *US News and World Report*, 17 de julio de 1978, pp. 33-36.
23. Hemos intentado tratar la estrategia de Carter en la primera parte de nuestro trabajo "US Military strategy in Central America: from Carter to Reagan"; *Contemporary Marxism*, núm. 3, 1981.
24. Las fuentes son el *Annual Defense Report* (US Government Printing Office, 1980), y noticias y reportajes del *Washington Post*, *US New and World Report*, *Newsweek* y prensa mexicana. Hemos confrontado estos datos con los trabajos de Michael Klare, "An Army in Search of a War", publicado en *The Progressive*, marzo de 1981, y de Esko Antola y Raymo Väyrynen: "The emergence of an intervention policy; the case of the Rapid Deployment Force" (ponencia presentada al Seminario sobre La crisis de las doctrinas estratégicas y sus repercusiones en el Tercer Mundo, realizado en México, del 15 al 19 de junio de 1981).
25. Cables de UPI y AP. La incompreensión de que "fuerza de despliegue rápido" es un concepto estratégico, que la Rapid Deployment Force, con su headquarter de McDill, es una unidad operativa (de combate, preferentemente pensada para la guerra en el Golfo Pérsico y el Medio Oriente), y que el concepto se aplica también para otras regiones del mundo incluida América Central, es lo que lleva a algunos analistas latinoamericanos a ignorar la existencia de este headquarter del que habla Carter, en América Latina. Así, al hablar de las fuerzas convencionales con que cuenta la administración Reagan, se escribe que la FRD "no constituye en sí misma un cuerpo permanente..." y que "se ha

- expresado la intención de negociar nuevas bases militares en la zona del Medio Oriente (además de las que existen en Omán, Diego García, Somalía y Kenya), para facilitar las posibles intervenciones...", no mencionándose este headquarter y esta fuerza para Centroamérica (en Estados Unidos, perspectiva latinoamericana; vol. 6, núm. 6, CIDE, junio de 1981, pp. 64-65). Es la misma ausencia que lleva a considerar a la "nueva" óptica estratégica de la administración Reagan como no ligada a la evolución del pensamiento militar estadounidense (véase, por ejemplo, Arturo Borja: "La política exterior de la administración Reagan o el 'desfase' de la 'óptica estratégica'"; Cuadernos Semestrales, núm. 9, CIDE, segundo semestre de 1981, pp. 93-114).
26. Atilio Borón: "Reagan y el nuevo proyecto conservador"; Convergencia núm. 1, México DF, febrero-abril de 1981, pp. 13-18.
 27. United States military posture for FY 1982. An overview by general David C. Jones, USAF, chairman of the Joint Chief of Staff; US Government Printing Office, Washington, 1981, p. vii.
 28. William Schaap: "The role of intelligence and counter intelligence in global strategies"; ponencia para el Seminario de la Asociación Internacional de Investigaciones para la Paz en México DF, junio 1981.
 29. United States military posture. *op. cit., p. vi.
 30. US Military Posture. A Supplement to the Chairman's Overview for FY 1982. Prepared by the Organization of the Joint Chiefs of Staff; US Government Printing Office, Washinton, 1981, p. 18.
 31. Ibid. p. 19.
 32. Ver Schaap, op. cit. y varios artículos en US News and World Report, desde el nombramiento de William Casey como jefe de la CIA.
 33. US Military Posture. A Supplement. "El argumento está implícito en los capítulos referidos a las "fuerzas estratégicas". El Secretario de Defensa Weinberger ha defendido este punto de vista en varias entrevistas de prensa.
 34. Entre los trabajos principales de los latinoamericanistas de Reagan se pueden recomendar:
 - Cleto Di Giovanni y Alexander Krueger "Report: Central América"; The Washington Quaterly, verano de 1980.
 - Roger Fontaine "Cuban strategy in Africa: the long road of ambition"; Strategic Review, verano de 1978. También: Brasil and the US: toward a maturing relationship; American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, 1978.
 - R. Fontaine C. Di Giovanni, y A. Kruger "Castro'specter", The Wahington Quaterly, otoño de 1980.
 - Roger Fointaine, y James Theberge (eds.): Latin America's New internationalism. The end of hemispheric isolation; Praeger Publisher, New York, 1976.
 - Jeane Kirkpatrick: "Dictatorship and double standards"; en Commentary, november, 1979, también: The Hobbes problems: order authority and legitimacy in Central América; (Paper) American Enterprise Institute, Washington, 1980. También: "US security and Latin América"; Commentary, junio, 1981.
 - James Theberger: Presencia soviética en América Latina; editorial Gabriela Mistral; Santiago de Chile, 1974.
 - J. Theberge y R. Fontaine: Latin America's struggle for progress; Lexington Books, Massachussets, 1977.

La Organización del Pueblo avanza;
celebrems juntos nuestros logros
y esperanzas.

día de la acción popular 82

domingo 31 de enero,
9.30 a.m.

kioskos de comida - artesanías
publicaciones - teatro - danzas - música
audiovisuales - minitalleres

te esperamos en la sede central
de CESAP:

San José del Avila a San Isidro (al lado de
la Abadía). San José del Avila, Caracas